

Editorial



En la editorial anterior se hacía referencia a la crisis de la dirigencia política en Europa y en el mundo en general, como las inconsistentes peripecias que pueden observarse en las actividades de los organismos internacionales, frente a las catástrofes mundiales. Puede sumarse a ello, las actitudes de los mismos, con relación a la situación de horror que se vive en el mar Mediterráneo y en cualquier “barrio” de la periferia de las grandes ciudades desarrolladas del mundo “civilizado”, como por ejemplo Buenos Aires. Ambos tienen en común la precariedad y el terror.

Sabemos que para la filosofía política clásica cada época incuba su propio terror, que la política hipócritamente se encargaba de disipar o más bien, de distribuir. El terror es la garantía de que si se pasan ciertos límites se obtendrá casi con seguridad, una muerte anunciada. Pero, hay circunstancias de tan persistente ignominia que fuerza a las personas a considerar la vía desesperada de la fuga y la errancia y así, la mayoría se transforma en advenedizos o escurridizos de los no lugares.

Son los migrantes y los jóvenes que asumen una “vida loca”, esos que no sólo no estudian ni trabajan, sino que viven en aquella zona de precarios devenires sociales, donde la vida es un avatar extremo.

Nuestra época ha creado la precariedad como terror y la extiende como un virus, que transforma a los humanos en “descartables” en cualquier lugar del planeta y circunstancia, pero muy especialmente en las fronteras que hoy están en cualquier parte. Es un terror anímico y una precariedad totalitaria.

No es un tema nuevo, la novedad radica en su persistencia y obscenidad. Las miradas de todo el mundo dan cuenta de lo que sucede gracias a la revolución de los medios de comunicación que, eficientemente, muestran a miles de personas en situación de precariedad, humillación e incomunicación (vaya paradoja).

El espectáculo es desolador en ambos extremos de la dinámica social planetaria, por un lado la reedición de la "stultifera navis" y por el otro lado, la reedición del humano cimarrón y los niños salvajes. La "stultifera navis" (nave de los locos, pero literalmente significa nave de la estulticia, término más adecuado al presente), nombraba en la Edad Media y el Renacimiento a las barcas atestadas de personas a la deriva en el mar y sin retorno.

Esas barcas reaparecen hoy con el horror de miles de transmigrantes que se hallan a la deriva en el llamado "Mare Nostrum" como consecuencia de lanzarse a una travesía suicida con el objetivo de llegar a las costas de Europa.

En el otro extremo de la dinámica social planetaria, su dimensión microsocial no menos extensa e intensa se desenvuelve en los llamados barrios de las ciudades del planeta, pulula el humano cimarrón o la reedición de los niños salvajes o más bien, silvestres, donde se naturaliza la vida loca y el exterminio entre bandas. Difícilmente existan categorías socioeconómicas adecuadas para describir en profundidad semejante condición humana.

En los pocos meses que van de este año, más de 2.000 inmigrantes que huyeron en barcasas precarias desde el norte de África con rumbo a Europa han muerto en el mar. La cifra es 30 veces superior al registro del año pasado en el mismo período. Eran parte de la oleada de más de 200 mil personas rescatadas en el Mediterráneo en el último año y medio.

Huyen de una pesadilla de violencia y estragos cuya responsabilidad por lo sucedido debería ser compartida también, en sus consecuencias, por Occidente. Porque provienen de estados colapsados como Libia, Siria e Irak que son el producto de las acciones de promoción de la "ilustración", el "progreso" y la "democracia" de las potencias occidentales.

Los europeos en especial en Italia, Malta y Grecia se enfrentan con una invasión multitudinaria de personas mayormente musulmanas, que huyen de la miseria y sobre todo del desorden sanguinario que se apoderó de los lugares de origen. Donde ISIS se expande cruelmente.

La respuesta por el momento es la irresponsabilidad, impericia e indolente desentendimiento sobre las consecuencias de las acciones antecedentes y sobre los desastres del presente de parte de la dirigencia internacional. Por ejemplo en el 2013, Italia había puesto en marcha el sistema “Mare Nostrum” que cubría el mar hasta las costas del norte de África para salvar a los desesperados en su huida. Operación que fue reemplazada en noviembre de 2014 por el programa Tritón con menos presupuesto y, por lo tanto, con metas limitadas al patrullaje cercano de las fronteras; ello no incluye el rescate de los náufragos.

El Papa ha insinuado que se debería facilitar el traslado de estas personas a su destino que serían en realidad Alemania, Francia o Reino Unido. El temor es que ello llevaría a la multiplicación de la migración que terminaría por incorporar a África y Oriente Medio a Europa. Pero el colectivo europeo está lleno dicen, por lo tanto es imprescindible cerrar las fronteras, sólo transitables para inmigrantes legales y turistas.

En realidad, ello implica solicitar la intervención en los países de origen y anticipar las migraciones, tal propuesta implicaría cambiar inmigrantes por campos de subsistencias locales, que es más barato y sobre todo menos molesto. También es posible que la marea de inmigrantes sirva de factor de desestabilización o al menos de perturbación de Europa, como parte del conjunto de las estrategias lanzadas por ISIS.

Por otro lado, la solicitud de conmiseración se realiza a estados “avanzados” que, como ha sido el caso de los Estados Unidos, han aplicado un modelo económico desde la crisis global de 2007 y 2008, que amplificó el tamaño de las poblaciones en riesgo social.

En el país del norte existen ciudades que han perdido 80% de sus empleos industriales y suman miles de personas a la precariedad, incluidos niños que, junto a los “homeless”, conforman un paisaje desolador de pobreza que en general se encarna en las minorías de color, y que explica la reedición de los conflictos raciales de ese país que no tardarán de extenderse a situaciones similares en otros países.

Este brazo de la tenaza del terror totalitario se complementa con su otro brazo, la situación en las microterritorios de nadie, los pos(t)barrios de las periferias de las grandes ciudades. Allí, la multitud es “chusma” y los jóvenes silvestres sobreviven en los pliegues del habitar precario, donde la violencia y la arbitrariedad de las balas ya no son la exclusividad de las “fuerzas del orden”.

Humano cimarrón es aquel que abandona o escapa de un entorno social, como lo hacían los animales y humanos (muchos esclavos), que huían de la vida en las colonias y vive en la intemperie. Un joven silvestre es aquel que crece y se desarrolla sin el cuidado de los adultos o huye de su crueldad.

Multiplicación de las migraciones suicidas (como las de aquellos cubanos tratando de llegar a la costas de Florida) y crecimiento acelerado de la población de los jóvenes silvestres, obligan a preguntar dónde situar la estulticia. En las naves de aquellos “locos” del siglo XXI o en las esquinas de aquellos barrios de nadie, donde se reúnen los silvestres de vida loca, asediados por bandas rivales o vecinos de la justicia propia.

“Estulticia” es un término que se refiere a una combinación de la subjetividad humana compuesta de necesidad, ignorancia y tontería que imposibilita todo tipo de aprendizaje y comprensión. De allí, que este término parece corresponderse mejor a una propiedad actual que caracteriza a la dirigencia global y local; de ser así, la “stultifera navis” no tardará en ser planetaria, mientras tanto el proyecto sectario y sanguinario del Estado Islámico sigue creciendo.

El Director